

# **Educación para una cultura comunitaria**

Por una identidad  
*metamoderna*

*José Ángel López Herrerías*

© José Ángel López Herrerías

© Derechos de edición:

Nau Llibres - Edicions Culturals Valencianes, S.A. Periodista Badía 10.

Tel.: 96 360 33 36, Fax: 96 332 55 82. 46010 VALENCIA

E-mail: nau@naullibres.com web: www.naullibres.com

Diseño de portada e interiores:

Pablo Navarro, Nerina Navarrete y Artes Digitales Nau Llibres

Imprime:

Guada Impresores S.L.

ISBN: 84-7642-716-6

Depósito Legal: V- x.xxx - 2005

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.

“Sube a nacer, conmigo, hermano”

(Pablo Neruda, Poema XII, *Alturas de Macchu Picchu*.  
Permanente propuesta de la identidad del hacer pedagógico).



A María Jesús, mi mujer, y mis hijos, José Ángel, Aixa, Pablo y Manuel. Con ellos a todos los alumnos y personas de buena voluntad, que sintiéndose seguros desearon más vivir en paz y en amor con los demás que acumular poder para dominar y, a veces,.... explotar.

¡Menos mal... que hablamos! ... y podemos hablarnos de manera hermana, reconociéndonos iguales y dignos.



# Índice

De lo escrito y de los agradecimientos .....	13
Capítulo 1.	
La peculiar exigencia de nuestro tiempo .....	17
1. Un nuevo tiempo eje .....	20
2. La realidad y las conciencias no aguantan más hipocresía.....	22
3. A todos se nos exige otra y más responsabilidad .....	24
4. Algunas propuestas renovadoras actuales .....	26
Resumen .....	29
Actividades .....	29
Capítulo 2.	
Tipología de estilos de <i>conciencia personal</i> : diferentes modos de <i>saberse yo</i> ....	31
1. Nuestro “yo” es frágil e interdependiente.....	32
2. El <i>otro</i> para ser podido o para poder con él.....	33
3. Estilos psico-culturales dominantes de formas de hacerse y manifestarse el “yo”.....	36
4. La experiencia del poder.....	37
5. La experiencia de la debilidad personal .....	40
6. La experiencia de la mediocridad .....	42
7. La experiencia de sentirse hecho para acomodarse y repetir.....	44
8. Qué problema hay con la configuración del yo personal hoy.....	45
9. El estilo personal del “yo” <i>moderno</i> .....	46
10.El estilo personal del “yo” <i>post-moderno</i> .....	48
11.El estilo personal del “yo” <i>ultra-moderno</i> .....	50
12.El estilo personal del “yo” <i>meta-moderno</i> o comunitario .....	51
13.Del nosotros antagónico al nosotros comunitario.....	52
Resumen .....	54
Actividades .....	55
Capítulo 3.	
¿Qué significa educarse y para qué nos educamos?.....	57
1. Somos seres abiertos, biográficos y gramaticales.....	59
2. Seres educables: el ineludible per-feccionamiento humano.....	60
3. Lo <i>agible</i> es elegirnos libremente.....	62
4. El ámbito semántico de lo <i>e-duca-cion-al</i> .....	63

5. La magnífica síntesis de la palabra e-duca-ción .....	64
6. Nos podemos educar para muchas y variadas proyecciones .....	66
7. La visión semiótica y ecológica de la educación.....	68
Resumen .....	70
Actividades .....	71
 Capítulo 4.	
Qué puede esperarse de la prolongación de lo dominante .....	73
1. Si prolongamos el estilo de yo dominante.....	74
2. Si se es <i>moderno</i> .....	76
2.1. La modernidad económica: la explotación ecológica .....	77
2.2. La modernidad social: la dominación planetaria.....	79
2.3. La modernidad ideativo/creencial: la imposibilidad de la paz .....	80
3. Si se es post-moderno .....	80
3.1. La post-modernidad económica .....	82
3.2. La post-modernidad social .....	83
3.3. La post-modernidad ideativo-creencial .....	84
4. Si se es ultramoderno.....	86
4.1. La ultra-modernidad económica.....	87
4.2. La ultra-modernidad social.....	88
4.3. La ultra-modernidad ideativo/creencial.....	89
5. La prolongación en el código cultural .....	90
6. La prolongación en las consecuencias sociales .....	91
7. Si se es metá-moderno puede haber más luz .....	92
8. La respuesta <i>metamoderna</i> : el <i>nuevo</i> humano para otro desarrollo .....	94
8.1. Discurso sobre lo económico: la <i>metamodernidad</i> ecológica.....	97
8.2. Discurso sobre lo social: la metá-modernidad intercultural.....	98
8.3. Discurso de lo ideativo/creencial: <i>metamodernidad</i> de la paz .....	99
Resumen .....	102
Actividades .....	103
 Capítulo 5.	
El ser humano comunitario .....	105
1. Lo esperable del estado de sociedad.....	108
2. Lo esperable del estado de comunidad .....	110
3. Del nosotros antagónico y coexistencial al nosotros comuni(ca)tivo.....	111
4. El poder, variable eje .....	113



5. El amor, variable “torbellino” .....	117
6. “Ser capaz de” cooperar o competir .....	120
7. ¿Por qué se insiste en que el valor es el amor?.....	123
Resumen .....	124
Actividades .....	126
Capítulo 6.	
Para qué aprender a ser comunitarios .....	127
1. Para ser otra posible persona: tener otras máscaras.....	130
2. Para ser persona autónoma: elevar la conciencia.....	132
3. Para ser persona responsable/libre.....	136
4. Para ser persona competente creativa/cooperativa.....	139
5. Para ser persona dialogante/ética.....	142
6. La comunidad y el nosotros comunitario .....	146
Resumen .....	147
Actividades .....	148
Capítulo 7.	
Qué aprender para ser comunitario .....	149
1. Aprender otro conocimiento: proactivo, crítico, creativo, cálido .....	152
2. Aprender a ser “yo nodal”, nosotros.....	157
3. Aprender a saberse y saber seguro y abierto .....	158
4. Aprender a pensar y sentir con los demás .....	160
5. Aprender a superar y superar-se, liderando la propia existencia .....	163
6. Aprender a repartir.....	165
7. Aprender a convivir .....	167
8. Aprender a comprometerse.....	169
9. Aprender a abrirse .....	170
Resumen .....	172
Actividades .....	173
Capítulo 8.	
Cómo aprender para ser comunitario.....	175
1. Aprender para potenciar y responder.....	176
2. Aprender con toda la persona .....	179
3. Aprender participativa y cooperativamente .....	181
4. Aprender auto-evaluativa( <i>mente</i> ).....	184
5. Aprender emocionalmente.....	188

---

6. Aprender competente/cooperativamente .....	191
Resumen .....	195
Actividades .....	196
Capítulo 9.	
Otro psiquismo y otra cultura para seguir adelante .....	197
1. El tercer y el cuarto giro copernicano.....	198
2. Podemos mantenernos o podemos elegir esta alternativa.....	202
3. Quiénes ganan si nos mantenemos .....	205
4. Quiénes pierden si nos decidimos por la alternativa.....	206
Bibliografía .....	209

# De lo escrito y de los agradecimientos

**Dada la complejidad del ser humano, ser bio-psico-socio-cultural**, escribir sobre educación es una ardua tarea. Son muchas las variables intervinientes y uno corre el riesgo de quedarse en la superficie del problema y de la hipotética acción proponible. Además, derivada de esa complejidad, el educador se ve obligado a recorrer un amplio abanico de conceptos, experiencias, retos, que se multiplica por las diferentes fórmulas de acción programables. Así, hablar y hacer educación puede acercarse a muy diferentes puntos de análisis, bien que complementarios, que van desde las raíces de los valores, fines y objetivos de lo humano, hasta las formas de hacer más concretas para alcanzar lo propuesto.

En este libro, “Educación para una cultura comunitaria”, se ha pretendido responder al conjunto básico de los asuntos que apelan el mundo de lo educativo. Quien se educa es el ser humano y se educa para promover y animar una proyectada cultura y estilo de convivencia personal. Es aquello de lo pedagógico que de alguna manera entronca con la reflexión filosófica y la mirada antropológica con la que visualizamos la enigmática y retante experiencia humana. Hoy, como siempre, pero hoy de manera muy llamativa, precisamente por los nuevos retos culturales y los niveles de conciencia alcanzados, toda propuesta de acción educativa requiere alzarse bien clara y decididamente desde una contemplación renovada y valiosa de lo humano. Este asunto en este escrito no se desprecia. Se arranca de él. De cómo el conocimiento actual y la radicalidad de los retos nos exigen renovar y actualizar la concepción del ser persona, que venía reiterada y anquilosada desde una lejana y dominante antigüedad. Y es que hoy, ni sirve operativamente, ni es aceptable cognitivamente, la imagen humana de la substancia intelectual, del “yo” epistemológico, que la tradición cultural nos había proporcionado. Visión incompleta e imperfecta de lo humano, no puede ser el punto de referencia ni hacia el que dirigir las propuestas psico-culturales, ni desde el que promover las mediaciones educativas para conseguir ese estilo de persona

definida. Por eso, en este texto, se arranca de la propuesta de ser persona hacia la que debemos animar todo quehacer educativo: el humano como una identidad *metamoderna*, que se reconoce como un ser personal, que se sabe vivo para el compromiso ineludible de hacer la vida con los demás en más paz y respeto, en todos los órdenes de la vida.

Esa propuesta de identidad metamoderna se concreta en un contexto sociocultural de más “comunidad” y menos “sociedad”. No hemos nacido para conocer y desde ese conocimiento, más o menos poderoso, dominar o ser dominados. Más bien, hemos nacido, en correspondencia con lo que como *derechos humanos* nos hemos declarado, y por exigencias del guión de los nuevos retos, -globalización económica, comunicación mundial- para vivir en comunidad. Proponernos como fines valorativos de nuestra experiencia humana aprendizajes que nos permitan vivir en una cultura comunitaria. Identidad *metamoderna* y cultura comunitaria. Pero, eso ¿cómo? ¿Cómo aprender a potenciar y a vivir estos estilos valorativos?

La respuesta es el condensado de aplicaciones pedagógicas que como *medios* provoquen esa nueva “expansión del espíritu”; esa otra visión y educación personal, que posibilite hacer realidad ese nuevo *actor* para el nuevo teatro, que esperamos hacer factible en la convivencia de todos con todos.

El conjunto temático referido hace que este escrito no sea un cúmulo de más distracción, para nutrirse de más “divertimento”. La vida ha de ser alegre y con un buen sentido del humor, de cierto distanciamiento de los acaeceres, y de una buena pizca de ironía. Todo eso ha de estar siempre presente. Pero, el mundo de cada uno no está para la permanente broma, cuando no imbecilidad, con la que los alimentadores de la “cosa” cotidiana nos quieren hacer vivir la existencia. Alegres, pero no estúpidos. Reflexivos y bien conscientes para saber hacia dónde vamos y qué empeños ponemos en el camino. Por eso, este texto pretende ser un libro de lectura, de reflexión, de estudio; de diálogo y de debate con lo escrito. Así, cada capítulo termina con un breve resumen y con una propuesta de actividades. Las actividades son acercamientos mentales y vitales a las ideas y acciones que se presentan en el texto. Se escribe y se lee para decirnos el mundo y alimentar a diario las neuronas de nutrientes que las mantengan enhiestas y calientes en el encuentro con los flujos de la vida. Por eso, se entiende que hacer lo propuesto en las actividades, y en lo posible, incrementarlo desde la iniciativa, siempre básica de todo proceso de educación, es requisito ineludible para meterse plenamente en lo escrito; también, para algo aún más importante, que lo ahora escrito y lo después leído, como procesos complementarios, sirvan para pensar y plantear de adecuada manera a los retos actuales el sentido y las acciones, que hagan de la inquietud educativa de todo grupo humano algo valioso y oportuno para el bien de la comunidad de que se trate.

En todo caso, este libro no existiría si no hubiese estado presente el trabajo generoso e incansable de la editora de Nau Llibres, Concha Roncal, a quien de corazón y con espíritu comunitario quiero agradecer tan valioso desempeño y trabajo. ¡Gracias, Concha! También, gracias, a todos los amigos, compañeros, alumnos, que de aquí y de allá -México, Chile, Colombia, Portugal...- me animan para que siga en el empeño de decir y en el deseo de dialogar sobre estas cuestiones vivas y centrales del sentido y del hacer educativos. Gracias.



# Capítulo 1.

## La peculiar exigencia de nuestro tiempo

Una conciencia exigida de autenticidad y coherencia nos apela mundialmente para que nos pongamos manos a la obra y hacer aquello que nos hemos dicho: que basta ya de trulencia y explotación y que debemos convivir de otra manera en la Patria Tierra. (López Herrerías, J. A. 1996a).

### *Propósito eje*

El cambio de siglo y de milenio, además de las experiencias de violencia, hambre y anulación de los derechos humanos, en un mundo globalizado y mundialmente comunicado, requiere, sin demora y sin más apariencias, que nos conciencemos y eduquemos para reconocernos y convivir de otra manera más *humana*.

### *Logros*

1. Tomar conciencia reflexiva y clara de que el mundo actual, con todos comunicados con todos, no puede mantener lenguajes y acciones duales, cargados de engaño, hipocresía y falta de sincero compromiso por la comunidad mundial.
2. Comprender la radical peculiaridad informativa y comunicativa de nuestro tiempo: que todos estamos hoy interconectados en y desde todos los rincones del Planeta y que sabemos de la existencia y de la forma de vida de todos los pueblos de la Tierra.
3. Valorar la responsabilidad e implicación que todos los ciudadanos del Planeta tenemos en las formas de vida que se intercambian entre los grupos y comunidades.
4. Reconocer que la máxima *competencia* personal ha de referirse a las cuestiones ligadas con la convivencia y la aceptación de los demás, como medio ineludible de adecuación entre la historia del Planeta y la adecuada expresión de la presencia humana.

Hemos iniciado un nuevo siglo, de un nuevo milenio, y todos tenemos sentimientos ambivalentes respecto de cuál sea el rumbo que tomen los acontecimientos y nuestras vidas; ambivalentes porque, de un lado, el de la luz esperanzada, sabemos que sólo más libertad responsable, más justicia comprometida de todos con todos, más plenitud de Derechos Humanos vividos, “iguales, dignos y libres”, pueden hacer posible otro mundo más humano y válido, sin excluidos y sin muertos de hambre e ignorancia; mas, de otro lado, surgen incontables y permanentes oleadas de miserables golpes de pobreza, rechazo, miseria, opresión, violencia y destrucción. Palabras: millones y millones de seres humanos machacados por el hacer prepotente y avasallador, al tiempo que pasivamente aceptado por mayorías de inhibidos, de unos pocos que, demagógica y mentirosamente, se autojustifican desde los tronos de su poder, hasta muchas veces apoyados en el manejo de las urnas. Para colmo.

Entre esas dos corrientes de realidad, los pueblos del mundo viven, vivimos, esperando que algún día las noticias en los telediarios de todas las cadenas dejen de ser el *caso* sintetizado de una sociedad destrozada por el egoísmo de unos pocos y por la pasividad entrenada y promovida de la mayoría silenciosa. Y por otras complejidades. ¿Qué pasaría si se nos colase en nuestra casa un E.T. en el momento de las *noticias* y viese el enriestrado permanente de información con que nos abastecemos todos los días? Boquiabierto, con los ojos un tanto desorbitados, nuestro amigo *marciano* podría preguntarnos: “¿Vds. los humanos, en los miles de años que llevan ya sobre la Tierra, un algo evolucionados, *sapiens sapiens*, no han hecho algo más bello, verdadero y bueno que esto que aquí a diario se refuerza y se recuerda?” Y ¿qué le podríamos decir? Que sí, que hemos hecho más *lindezas*, pero que están en los *museos*, que a diario lo que prima es que somos unos raquíuticos espirituales o unos bestias con palabras para engañar y con artilugios para amenazar y dominar. ¡Ah, el hombre!!

Y en el desasosiego de esta ambivalencia que decía, una nueva y revolucionaria incidencia: que, gracias a las aplicaciones tecnológicas de la ciencia para la comunicación y el transporte, el mundo se ha, definitivamente, *mundializado*<sup>2</sup>. *Todos sabemos de todos “vida y milagros”*. Además, se ha *globalizado*<sup>3</sup> por medio del circuito –independiente, dominador e incontrolado para la inmensa mayoría– de los capitales financieros, muy concentrados, de algunas multinacionales que hacen y deshacen según la *política* de sus soberanas decisiones. Y estos hechos de la *mundialización*

1 Véase (Fromm, 1988), (Delors, 1996), (Rojas, 1992).

2 Sobre el concepto de *mundialización/globalización* y sus complejas problemáticas y derivas se ha escrito abundante reflexión en el último lustro y es tema presente en la prensa y, en general, en los *medios*, permanentemente. Una buena referencia es (Barret-Ducrocq, 2002).

3 El concepto de *globalización* es prácticamente sinónimo de *mundialización*. Aquél más de fuente anglosajona; éste más de fuente francesa. En todo caso, parece existir cierto consenso en lo siguiente: que *mundialización* se refiere a la conexión mundial en general y *globalización* a los aspectos más económicos de esa *mundialización*.



—que no conocemos— y de la *globalización* —que no controlamos desde la fuerza económica—, todos conectados, conocedores de cómo es la *vida* y la *muerte* en todos y cada uno de los recovecos del planeta, nos sacude fuertemente. Nos sacude o nos va a sacudir de manera ineludible. Esa revolución tecnológica de la información y las comunicaciones, que lleva consigo nuevos y más generales conocimientos, apela radicalmente a nuestros códigos y nuestras formas de entender y mantenernos en la vida. Apela o debe apelarnos de manera inequívoca. De lo contrario, la espiral de la violencia, la pobreza, las amenazas constantes terroristas o contraterroristas pueden aumentar hasta la explosión. Y es que hoy, ante millones de pobres, o de explotados en la ignorancia y la miseria, o de excluidos de toda oportunidad de mejora vital, no es defendible con expectativa de éxito el dual e hipócrita discurso de decir una cosa y hacer lo contrario o de mantener, por unos, un estilo de vida dominador y opulento y, por otros, muchos más, unas condiciones de vida mínimas y permanentemente amenazadas de destrucción y de miseria.

*Mundializados* y *globalizados*, el guión nos exige cambiar formas de pensamiento, de creencias y de vida. Si el arado nos hizo sedentarios, la nave, comerciantes, y la revolución industrial, urbanos, las tecnologías de la información para comunicarnos condicionan el cambio hacia otra *cultura*, hacia otra muestra de las múltiples y abiertas posibilidades del espíritu humano. El problema se centra ahora en que seamos capaces de enfrentarnos a la idea de esa renovación indagadora de cómo concretar otros matices y otras virtualidades de nuestro espíritu, de nuestra posibilidad de generar *otras palabras*, *otras narraciones* existenciales, de enfrentarnos a la definición de lo nuevo reclamado y hacer viable y concreta las maneras de vivir que ese nuevo horizonte nos proporcione. Esa es la temática de estas páginas: que una nueva exigencia cultural, *conocernos e incidirnos mundial* y *globalmente*, provocada por elementos eminentemente técnicos y económicos, nos apela para configurar otra forma de convivencia y, sobre todo, otra forma de sabernos y reconocernos como personas; qué *estilo de identidad personal* y *cómo educarnos* para que esa nueva y posible forma de construirnos, dentro de nuestras opciones, sea posible.

El problema básico de nuestras formas de vida en la actualidad no es tanto los *juegos* de la convivencia social, que también, sino, sobre todo, los *códigos* culturales que justifican y proponen el *libreto* de lo que, como actores de la vida cotidiana, intercambiamos. Las *conversaciones*<sup>4</sup> de los encuentros sociales diarios van a ser las mismas: que tenemos problemas para llegar a fin de mes, que las noticias nacionales e internacionales son bastante negativas y conflictivas, que hay amenazas de guerra, que los hijos en el colegio o con los amigos tienen alegrías y dificultades, que el índice de precios al consumo no deja de subir y que alguien se llevará el excedente

---

4 K. Burke (1966) utiliza una sencilla y animosa metáfora para explicar la actividad humana: al nacer somos *invitados a una fiesta* en la que nos *entregan ciertas copas* que *compartimos* en diferentes *conversaciones con los otros* hasta que *salimos* de la fiesta.

sin muchas cortapisas y sin que, en definitiva, sepamos muy bien quién es, aunque cada uno se lo imagina; que tenemos que prepararnos, que hay que esforzarse para ser competitivos, que la vida es dura y que la presencia de valores de “calor social” es bastante rara y difícil; y que, metidos en la vorágine del consumo y la rápida inmediatez, no tenemos muchos encuentros con tiempo para la alegría del bello y buen intercambio y de las respetuosas formas de diálogo. Y así más cosas. Todo eso es muestra del problema, los síntomas, pero no son la fuente del conflicto ni tampoco el origen de las posibles alternativas. Las experiencias y las exigencias nuevas de la *mundialización* será lo que nos exija pensar, sentir y convivir de otra manera, aquello que nos acerque a sabernos como personas con otro lenguaje, otras actitudes y otras fórmulas que las usuales, para responder a los nuevos y poco entrenados retos, ahora reconocidos. La cultura, el *libreto* que hayamos de entrecruzar en esta nueva situación, requiere personas potenciadas en otra *identidad*, en otro estilo de ser personal, estilo en el que se pueda dar cobijo a experiencias de más encuentro, más respeto a la vida, a los otros y a uno mismo.

## 1. Un nuevo tiempo eje

Somos los humanos seres conscientes<sup>5</sup> *desde y en el tiempo*. Lo que nos diferencia de todo lo otro de la naturaleza es nuestra apertura consciente a la vida. Crecemos y nos hacemos con *palabras* que nos sintetizan y manifiestan la orientación de nuestra existencia. Pues bien, la palabra más al fondo de nuestro yo, aquélla desde la que nos reconocemos, es la que aparece vinculada a la experiencia de nuestro recorrido temporal. Palabra que no es otra que nuestra conciencia, al tiempo que expresión mediante la que nos reconocemos como “yo”. Cada uno somos un “yo” con claro/oscuros, conciencia limitada, emergidos de los múltiples encuentros con los demás en el tiempo: lo que vivimos que nos realiza (realidad) ocurre en el *tiempo*, constructor de nuestra conciencia. Recuerdos, *memoria*, proyectos, expectativas, temores, afanes de permanencia... Todo nuestro yo transido de *tiempo* y de *memoria*.

Personal y colectivamente, todas las culturas están, en lo básico, adornadas y construidas de hitos temporales. Momentos relevantes que otorgan fuerza significativa y variada a los, de otro lado, geológicos y regulados acontecimientos naturales. En todas las culturas hay ritos de iniciación para diferentes avatares, *fiestas de paso*, que *huellan* la conciencia con aquello que más relevancia tiene

---

5 No es el momento de estudiar también aquí el relevante problema de la fuente de la conciencia, ya desde un planteamiento dual, cerebro y espíritu, ya monista, materialista o idealista. Para ello, entre otros puede verse el denso y claro libro (Searle, 2000).

en la vida de dicha cultura: mayoría de edad, salida de la casa familiar, acceso a la paternidad, pérdida de seres queridos... Momentos *eje* del paso del tiempo vital, que más que paso sin más son cumbres existenciales que otorgan sentido y valor a la secuencia de los días.

El filósofo alemán K. Jaspers, hace unas décadas y refiriéndose a la temporalidad histórico-cultural, acuñó la categoría de "*tiempo eje*"<sup>6</sup>. Se trataba de resaltar el hallazgo de cómo ciertos tiempos habían sido la confluencia de crisis y de logros que, por su peculiaridad, habían provocado cumbres de creatividad. Así, Jaspers se detiene sobre todo en considerar la *axialidad* de los siglos VI-V a. C., dada la riqueza expresiva del espíritu humano en diferentes lugares del *mundo* existente –*conocido*– en aquellos tiempos. De manera muy resumida, dado que no es ahora el momento de insistir en ese ejemplo, puede concretarse aquel tiempo eje jasperiano como el tiempo del "paso del mito a la racionalidad lógica". "En el tiempo eje se desarrolló en el hombre la conciencia de sí mismo"(Jaspers, 1968:251). Actualmente, y teniendo en cuenta que el eje temporal no puede considerarse de manera puntual sino de manera prolongada y oscilante, vivimos otro tiempo eje. Un tiempo que, por las novedosas peculiaridades de los retos, por la nueva conciencia lectora de los hechos y hasta por la diferencia de la misma marca del tiempo –un nuevo milenio y un nuevo siglo– hace que sea acicate animador de reflexión y de búsqueda respecto de aquello que vivimos y hacia donde seguir. Un tiempo de *crisis*, de necesidad de nuevas reflexiones y valoraciones (verbo griego: *krino, juzgar*), que nos proporcione otras alternativas y generadoras formas y medios de dialogar con los embates de la existencia y los problemas humanos más permanentes.

Nuestro tiempo, tras dos guerras mundiales, varias experiencias planetarias de fanatismos totalitarios aplastantes –la experiencia bolchevique y, a la vez, la experiencia estadounidense de gendarme autoproclamado de la verdad y el orden mundial– y tras la creación de Organismos Internacionales y de proclamas mundiales de nuevos horizontes de valores, aún muy por cumplir, es recorrido eje en el hacer de la vida humana sobre el planeta Tierra; tiempo eje que básicamente constata, en apretado resumen, que "*con más de lo mismo no vamos a ninguna parte*". Que "*con más de lo mismo*" de las formas psicoculturales de afrontar las experiencias de la vida –poder para dominar, permanente afán de acumular, aplastamiento de lo diferente, explotación de lo que el poderoso considera válido para sí...– "*no vamos a ninguna parte*", que no sea lo que en aumento vivimos día a día, en referencias micro y macro a lo largo y ancho del mundo –destrucción, violencia, inseguridad,

6 "El hombre es siempre el mismo. [...] O, por el contrario, el hombre no es siempre el mismo, sino que cambia a través de las situaciones en que vive. [...] Pero ninguna de las posiciones es verdadera. Ninguna señala el verdadero camino. Por el contrario, sólo podemos vivir de la resolución de actuar para la libertad y hacer de esta decisión misma un factor, pero con la modestia de no saber lo que de ello resultará" (Jaspers, 1968: 243-244).

tragedias naturales, hambre, miseria, analfabetismo, mentira, robo...-. Nuestro actual *tiempo eje* es la propuesta ventana abierta de un *tercer giro copernicano*, que poco después comentaré.

Precisamente, el valor que K. Jaspers encontró en la realidad y la plasmación conceptual de lo *axial* fue animar la conciencia de que era un tiempo para la renovación espiritual, la búsqueda de otros horizontes y de las formas de realizar la experiencia de la vida entre los implicados y en todas las direcciones: humanos, naturaleza, diferentes culturas, variadas formas de saberse y encontrarse en la vida... De aquí se deriva que el gran reto de este tiempo *eje* de nuestro hoy consista en proponer, creativa y *libremente*, una más profundizada y adecuada manera de vivir como humanos, con otro estilo de convivencia y diálogo con la vida en que no se busque *poder* para defenderse y atrincherarse acumulativamente frente a los demás, sino que nos preparemos para ser capaces de convivir compartiendo, al saber que es más esperanzada la vida si estamos *con los demás cooperando* que frente a los demás *compitiendo destructivamente* para dominar.

## 2. La realidad y las conciencias no aguantan más hipocresía

La historia humana, en síntesis, puede narrarse por medio del haz y el envés, radicalmente complementarios, de dos valores/vivencias que transitan todas las experiencias culturales. De un lado, es el *poder*, tema relevante en muchas de estas páginas; el poder<sup>7</sup> en cuanto que exigencia ineludible de la acción humana, como fórmula aseguradora de la vida frente a las permanentes e inagotables zozobras de temor y de conciencia de pérdida; el poder, además, en cuanto exagerada e incontrolada reacción por parte de grupos e instituciones que, más allá de los límites válidos, transgrede todo horizonte en función de sus intereses y de una torcida conciencia defensiva para tener más poder. *Poder* procede de la forma latina vulgar *potere* (la forma habitual es *posse*) del infinitivo del verbo *possum* “poder, ser capaz de”; el equivalente griego es *kratós* que tiene muchos derivados en las lenguas moderna: *democracia*, *aristocracia*, *burocracia*. El “ser capaz de” (“ser competente”) queda dominado y sometido a “poder” como “ser competitivo”, “poder” más, sobre, de forma dominadora, sobre otros. Nuestra cultura, a través de la fuerza semántica otorgada a las palabras *poder* y *competencia*, que resalta la vertiente jerárquica y dominadora, manifiesta ese sentido de *poder competitivo*, que

<sup>7</sup> K. Boulding (1991) diferencia tres estilos de poder: a) coercitivo: bastón, agresividad; b) productor: zanahoria, competitividad; c) integrador: amor, convivencia. En estas páginas se plantea cómo educarse para una psico-cultura *comunitaria*, relacionada con el poder *integrador*, ya referido, del *amor* en la *convivencia*.

está en la raíz de los muchos problemas que, en forma de injusticia, hambre y dominio, se nos ofrecen como retos. La bifurcación alternativa valiosa la podemos vislumbrar animando el sentido del *poder* como ese “ser capaz de” para compartirlo con los otros. Ser *competente* (*poder*: como *ser capaz de*) *cooperativo* y no ser *competitivo* (*poder*: como *dominio* y *fuerza* respecto de los demás).

El envés de esta universal vivencia del poder, más analizado en páginas siguientes, es la permanente justificación racional por medio de la forma de pensar/decir y actuar de la *hipo-cresía*. Quien y quienes pueden, no sólo para *poder* hacerse como ánimo de libertad y esforzada conciencia por desarrollarse, sino también para conseguir grados de seguridad, de prolongación, de dominio, ya de ideas, ya de creencias, ya de territorios, ya de medios, están en permanente relación con la *hipo-cresía*. Y esto ha sido así miles y miles de años, en multitud de circunstancias y situaciones injustas y explotadoras, que se pretendían mantener desde supuestos *hipócritamente* planteados. La gran diferencia, la *axialidad* de nuestro tiempo, es que hoy la mundializada información, la universal comunicación y la conciencia límite de los problemas que hoy vivimos, no admite más el recurso de la *hipo-cresía*. Si nos empeñamos en ello, todo saltará por los aires. Hipócritamente, podremos decir que es eso lo que toca, saltar por los aires.

*Hipo-cresía*, palabra griega, dice bien en su etimología el significado. *Cre-sía* deriva del verbo “*krino*”, *pensar, juzgar*. *Hipo-* es una preposición, *debajo*. *Hipo-cresía*: el pensamiento que está por debajo. En definitiva, pensar una cosa, por debajo, y hacer la contraria; actuar de una manera que parece sostenida por un pensamiento coherente y relacionado con aquella conducta y, sin embargo, estar pensando otra cosa, hasta lo contrario, de aquello que se hace. Por eso, la conducta hipócrita es fácilmente reconocida. Primero, porque no es permanente, coherente, sino que se despliega en momentos oportunos en los que se pretende engañar a alguien o a algunos. Segundo, porque si nuestra primera acción es nuestra palabra interior, estar pensando una cosa y hacer la contraria es fácilmente observable como actos contrarios. De ahí que se tome fácilmente conciencia de la manifestada/manifiesta contradicción.

Pues bien, hoy parece que ni los hechos ni las conciencias aguantan más aplazamientos ni más discursos vacíos para justificar abusos de todo tipo, ni más equívocos ni engaños para hacer en una dirección y pensar/decir en horizontes totalmente divergentes. Si hay que vivir en justicia, en igualdad y en paz<sup>8</sup>, ¡ya! Y además hay que *pod(n)er* los medios. No hay margen para seguir promoviendo derechos dichos y seguir haciendo directa y rotundamente en contra de lo dicho. Los ejemplos que se reiteran a lo largo de este escrito no es necesario recitarlos

---

8 Respecto de este asunto de la paz, en el libro citado sobre el poder de K. Boulding se desenmascara la idea de mantener las armas, por si son necesarias, ya que terminan siéndolo. Hoy es ya inviable ese planteamiento; hay que decir, radicalmente, no a las armas, y así en otros posibles ejemplos de dobles lenguajes y opciones.

ahora. Todos y cada uno los tenemos presentes y cercanos. La crisis global que vivimos es producto de la racionalidad instrumental del paradigma mecanicista, que hay que, sin demora, superar. Necesitamos un nuevo paradigma, emergente, que nos acerque a una psico-cultura dotada de otra lógica. F. Gutiérrez y C. Prado (1999) lo dicen así:

Frente a la lógica racionalista que niega lo sagrado y la subjetividad y en nombre del desarrollo y del progreso saquea la naturaleza y mata la vida, el paradigma emergente se caracteriza por la promoción de una lógica relacional y autoorganizacional que lleva al ser humano a redescubrir el lugar que le corresponde dentro del conjunto armonioso del universo. [...] Las propuestas que a nosotros nos interesan en ecopedagogía, son las directamente relacionadas con el desarrollo sostenible, la formación de la ciudadanía planetaria y consiguientemente, la creación y promoción de la cultura de sostenibilidad.

Como muy bien lo puntualizó el premio Nobel Ilya Prigogine, vivimos en un momento apasionante de la historia y en un punto decisivo del giro al que todos estamos obligados. “Lo que necesitamos –como afirma Fritjof Capra– es una nueva visión de la realidad, una transformación fundamental de nuestros pensamientos, de nuestras percepciones y de nuevos valores.”

### 3. A todos se nos exige otra y más responsabilidad

En función de lo analizado, la forma de pensar y actuar no puede seguir los rutinarios estilos de la tradición establecida. No podemos seguir anclados en la secuencia *sintagmática* –unión de signos relacionados– de los estilos de pensamiento y acción que los *paradigmas* dominantes –los códigos vigentes– nos dictan. Decididamente, hay que enseñar nuevos horizontes, ponernos en el *borde*<sup>9</sup> de lo establecido y generar otras propuestas de fines y de medios que nos acerquen a otro tipo de conductas más competentes para los retos que conocemos y se nos echan encima. Es ineludible enfrentarse a un nuevo y decidido giro copernicano, el *giro copernicano* más antropológico de los considerables en el realizarse de la conciencia mundial, al menos europea.

Si el primer y nombrado así *giro copernicano* (Nicolás Copérnico, 1473-1543) fue el que nos hizo ver que la Tierra no era el centro del universo, otros eventos posteriores pueden denominarse metafóricamente de semejante manera, dado el

9 Cfr. Puede verse mi libro *Por una cultura ética* (1996). Madrid: Nossa y Jara. Se plantea la tendencia circular de la cultura (*yo convexo*) a las personas (*yo cóncavo*) en ella psicologizadas y de las personas al mantenimiento de la cultura. De ahí que el *tercer giro copernicano* consista en el afán libre por salirse al *borde liberador* del círculo establecido y conseguir otros psiquismos y otras culturas más humanas.

fuerte impacto de cambio y de renovación que los nuevos movimientos comportaban. Así, la Revolución Francesa (1789) –cénit de un largo tiempo de lucha, y expresión de una nueva racionalidad– puede denominarse *giro copernicano socio-político*. *Libertad, igualdad y fraternidad* eran los goznes de una nueva visión de la convivencia social y política. Se abandonaba la consideración de los grupos humanos diferenciados, jerarquizados y, de alguna manera, clasificados en rangos de valor *añadido* a lo real y básicamente humano, verticalidad –estamentalismo–, y se pasaba a una perspectiva de horizontalidad en la que todos y cada uno de los seres humanos se consideraban *igual* a todo otro<sup>10</sup>

En este actual *tiempo eje* del cambio de siglo, de las exigencias de generar una nueva conciencia y de los retos y los problemas radicalmente provocadores, por nuevos y comprometidos, se hace necesario el paso a un nuevo y *tercer giro copernicano*. Un giro definible como *antropológico*, dado que la realidad en la que se centra es la consideración directa del propio ser humano: que deje de ser considerado como substancia aislada, preparada por la naturaleza y desde sí misma, para *poder* y dominar a los demás. Pasar de la ley del más fuerte, capaz de *tomar medidas* respecto de los otros y del conjunto de la realidad, a reconocerse sólo y radicalmente desde la incidencia y presencia *de y con* los otros, realidad humana ineludiblemente *comunitaria*. Esa realidad *comunitaria, tercer giro copernicano* que aquí se plantea, es lo que nos exige el hecho de encontrarnos y entendernos, de forma ineludible, *interrelacionados*<sup>11</sup>. Ni individualismo ni colectivismo. También conocedores de que todas y cada una de las experiencias que vivimos son compartidas y además influyentes en todos y cada uno de los **otros**. En este horizonte, *cada uno* de los *otros* deja de ser *medio* para el interés poderoso de quien cree que puede más. Entonces, pasa a ser una realidad absolutamente inabordable para dominarla y respetable como todos y cada uno de los otros “yo”.

---

10 Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (26/8/1789). *Artículo primero*: Los hombres nacen y viven libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden fundamentarse sino sobre la utilidad común. *Artículo segundo*: El objetivo de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales y permanentes del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

11 Según M. Buber (1960: 150-151), “Podremos aproximarnos a la respuesta de la pregunta “¿Qué es el hombre?” si acertamos a comprenderlo como el ser en cuya dialógica, en cuyo “estar-dos-en-recíproca-presencia” se realiza y se reconoce cada vez más el encuentro del “uno” con el “otro”.

## 4. Algunas propuestas renovadoras actuales

Hay una clave, que es la que da origen y sentido a este escrito: aprender a ser humano *competente cooperativo*<sup>12</sup> y no mantenernos en la *competitividad manipuladora y dominadora*, que es la que da lugar a la justificación del *poder* explotador sobre los otros y lo demás. De ese estilo de yo desarrollable, educación para la comunidad, para potenciar personas metamodernas –lo que otros han llamado *segunda modernidad* (Beck, 2001)– es de donde ha de derivarse el cambio deseable hacia otra cultura y otras formas de ser personal. Pero ese cambio y replanteamiento es ineludible. En el ser humano, *naturaleza* y *cultura* interactúan de forma imbricada: la naturaleza se culturaliza y, desde luego, la cultura tiene trasuntos activos de naturaleza. Sin embargo, esa rotunda implicación de ambos polos definidores de los mapas vitales desde los que nos hacemos presentes no tienen una linealidad fija, rotunda e inalterable. Somos porosidad fluyente y un *mundo* de posibilidades dinámicas y abiertas. Los modos de responder a los retos existenciales de la vida no son unívocos, tampoco inalterables. Somos un abanico, metáfora de abiertas varillas, del que se realizan algunos caminos y otros no. Por eso, ha tomado fuerza la visión de la experiencia humana como asunto *narrable*, variado y modificable, como apunta el término *narración*<sup>13</sup>. Una de esas potenciales *narratividades* puede expresarse como logro de la educación *comunitaria*, en cuanto que somos seres de *competencia cooperativa*, simbiosis práctica de la forma de concretar los dos universales de la relación humana: *convivencia* (*saber ser: cooperativo o competitivo*) y *trabajo* (*saber hacer: competente o (incompetente) parásito*). De la combinación de esas cuatro variables, surgen cuatro estilos psico-culturales dominantes:

		Saber ser	
		Cooperativo	Competitivo
Saber hacer	Competente	Responsable	Dominador
	Parásito	Dependiente	Manipulador

Los cambios que se plantean proponiendo aprendizajes parciales y coyunturales, como por ejemplo, ser más intercultural o más ecológico y respetuoso con la naturaleza, avanzando hacia un desarrollo sostenible, y más justos e iguales,

12 Ortega y Gasset (1913) hace un preciso desarrollo de la idea de ser *competente*. Asunto eminentemente cognitivo operacional requiere el complemento integrador e ineludible de la actitud afectiva desde la que se vive esa *competencia*: serlo de manera *cooperativa*: prepararse de la forma más adecuada posible no para explotar a nadie, ni a nada, sino para *cooperar*, provocar la vida más justa e igual entre todos.

13 Respecto de este asunto de la *narratividad* de la experiencia humana, además de las obras de Ortega y Gasset, y de X. Zubiri, pueden verse (Ricoeur, 1995), (Heidegger, 2003) y (Rorty, 2002).



repartiendo con más solidaridad las migajas esparcidas desde la mesa del *power*; insaciable explotador, son buenas intenciones proclamadas. Estos cambios son, en lenguaje metafórico de carácter informático, cuales *virus* que pretenden desde fuera infectar el *sistema*. Y *éste* se defiende, no reconociendo el *virus*, precisamente como algo *ajeno*, como aquellos nuevos elementos con los que se le quiere impregnar. Por eso, no rechazando del todo ese constante hormigueo de la pretendida invasión *vírica* de los cambios influidos desde fuera, lo más relevante y acertado será acercarnos al cambio de la *memoria* del sistema desde dentro. De modo que *éste* desde el interior posibilite y potencie el adecuado y deseable cambio: el “yo” personal que permita acercarnos hacia más *justicia*, *igualdad* y *dignidad*.

Esto se ve claro a través del lenguaje del *valor*; cuando se habla de los *valores* necesarios para los tiempos actuales. Es un permanente desglose de facetas alcanzables para la mejora de la vida personal y cultural: que si ser solidario, que si aprender a compartir y respetar al otro y lo otro, que si esforzarse en ser autónomo para afrontar los problemas de la existencia con seguridad y decisión, que si... más facetas. Sin embargo, esto, teniendo su sentido y potencial aceptación, no es lo más significativo en referencia a esos mismos cambios deseados, al menos como dichos. Se olvida o no se atiende adecuadamente que todos esos potenciales cambios derivan de una fuente mental y actitudinal generadora. Es la realidad personal que cada uno, según los patrones de una cultura determinada, esté dispuesto a asumir. En definitiva, se plantea que el valor es la persona, esto es, el centro germinal de los estilos de acción y de pensamiento de que seamos capaces. Cuesta menos preocuparse de facetas valorativas –solidaridad, generosidad, autonomía...– y no referirse a la persona, valor central y global, que lo contrario. Por eso, aquí se pretende llegar al valor personal, a la configuración de la persona valiosa en la construcción y la realización de su “yo”. El valor es la persona: qué persona se esté dispuesto a pensar, concebir y aplicar en los permanentes encuentros de la vida con la realidad. Entonces, las valoraciones parciales deseables surgirán con relativa claridad y fundamento. De lo contrario, se vivirá un esfuerzo algo tozudo, lento y parcial, según el cual se tocarán pequeños aspectos de la experiencia sin entrar realmente en el fondo y el sentido de la problemática y la exigencia de cambio. El valor generador de lo nuevo para los tiempos actuales, para el nivel de evolución de nuestra conciencia y de problemática de nuestra civilización, no es tanto un listado de lo que conviene ser y hacer, sino el estilo personal de cómo saber hacerse para *valer* como *persona* en esa complejidad referida –mas, qué persona y para qué– y menos lo que se pretende que se sepa y se pueda hacer de esta manera o la otra sin centrarse en el núcleo de la realidad personal generadora.

¿Personas *competitivas* (de *competitividad*, *saber ser*) o *competenciales* (de *competencia*, *saber hacer*)? Muchas veces se emplean ambos términos de forma indistinta y, por ello, inadecuada, dado que el significado de ambas es

distinto. Ambos términos tiene su origen en el verbo latino *com-petere*, “venir a encontrarse en un punto”. Sin embargo, se han desarrollado dos acepciones: 1) “encontrarse con alguien en un mismo punto” = “competir, enfrentarse con alguien” –en latín clásico, la palabra *competentia* es muy rara y no se emplea en este sentido, pero el sustantivo *competitor* en el sentido de “rival” está ya documentado en el siglo I a.C., en Cicerón; 2) “encontrarse con alguien en un mismo punto” = “co-incidir” y de ahí “ser adecuado, ser conveniente” –en español, “con-veniente” es exactamente la misma imagen que en latín *com-petere*, esto es, “llegar al mismo lugar”) y también “bastar, ser suficiente = ser competente” –en latín clásico está ya documentada la palabra *competens*, *-entis* en el sentido de “conveniente, apropiado para algo = competente”.

Esto muestra, según se ha utilizado más arriba en el cuadro comparativo, como “competente” se ha utilizado con un significado de “habilidad”, de “saber hacer”, de “trabajo”, por lo que requiere el complemento del término que signifique el estilo de “convivencia” en la realización de este trabajo, para lo que aquí se propone “cooperación”, aprender a ser “competente cooperativo”. Sin embargo, “competitivo” reúne en sí los dos significados, el del “trabajo”, “saber hacer”, y de forma más relevante que se “sabe hacer” para, respecto de la “convivencia”, “enfrentarse con alguien”.

En griego, a su vez, se emplean raíces diferentes para expresar ambos conceptos. “Competitividad” se dice *philotimía* o *philonikía* (“deseo de recibir honores” o “de obtener triunfos”), y no necesariamente se emplean en sentido negativo; también se puede decir *agonismós* que es palabra mucho más rara. En cuanto a “competencia” en el sentido de “capacidad”, se suele emplear *dýnamis* (mucho más raramente *hikanótes* “suficiencia”). No obstante, desde las investigaciones de J. Burkhardt en el siglo XIX, el afán “competitivo” (“agonístico” se suele decir) se ha considerado frecuentemente como un rasgo característico de la civilización griega, y fundamental para explicar sus logros, a partir sobre todo de un par de pasajes de la *Iliada*: en 6.208 afirma Glauco, el caudillo de los licios, que su padre lo envió a combatir en Troya encomendándole “ser siempre el mejor y superar a los demás” (y la misma encomienda le hace Peleo a su hijo Aquiles en 11.784). Precisamente, los *historiadores* del nazismo sostuvieron que este *afán competitivo* era en realidad un rasgo característico de los pueblos nórdicos, que los invasores indoeuropeos habrían llevado a la Península Balcánica y que habría renacido en la Alemania de Hitler.

En todo caso, es una decisión responsable y libre que, desde las emociones y los lenguajes que dan lugar al vivir cotidiano, estemos dispuestos a poner sobre el tapete las ineludibles formas de *encontrarnos* en el trabajo y en el estilo de convivencia. Si queremos más de lo mismo –de violencia, hambre, ignorancia, desigualdad– mientras de forma jerárquica unos pocos poderosos controlan a una mayoría de podidos, podemos incrementar el estilo psico-cultural de la competi-

tividad, encontramos como rivales para vencernos unos a otros. Si, en realidad, más responsables y más libres, *esperamos* vivir otra historia humana, hemos de incrementar en los procesos reproductivos de nuestros encuentros una *deriva* que origine otro tipo de psico-cultura: personas capaces de encontrarse y coincidir de forma conveniente para que todos existamos en igual dignidad y aceptación de unos y otros.

## Resumen

Vivir es acoplarse de manera válida y adecuada para los seres vivos, en este caso humanos, que se encuentran entre sí en un medio. Los tiempos de nuestras culturas actuales, productoras y productos (*autopiesis*) de largos procesos históricos, nos ofrecen una renovada narración de retos y de situaciones. A esto le llamé K. Jaspers (1966) *tiempo eje*.

Todo parece indicar que hay un fuerte desajuste entre muchas formas cognitivo-culturales establecidas y el medio con que nos vemos conectados para conversar. Vivimos un peculiar *tiempo eje* y reconocemos que no hay escapatoria ni solución para las exigencias de nuestro tiempo, si mantenemos la muchas veces utilizada dualidad divergente entre lo que hacemos y lo que pensamos, *hipocresía*.

Por eso, estamos exigidos de coherencia. De alcanzar un nuevo *acomplamiento estructural* entre medio y conciencias, que posibilite la adecuada y adaptada realización de las historias personales. Los seres humanos nos vemos obligados a generar, en nuestra estructura dialogante en y con la vida, otras formas de conocer y de vivir para salir adelante.

Esa es la aventura y la fuerza creativa de nuestro tiempo. Como siempre, pero más que en muchos momentos más planos de la *reproducción histórica* de los procesos, nos vemos apelados para que produzcamos otros sistemas de conversación y de presencia existencial, sistemas en los que predominen, más que seres para la *competitividad*, personas válidas para la *competencia cooperativa*.

## Actividades

1. Haz una breve clarificación personal de lo que significa *tiempo eje*. Aplícalo a situaciones personales, familiares, históricas, en las que entiendas que, de alguna manera, hay una situación de *tiempo eje*.

2. En algún grupo, ya escolar, ya familiar, ya de amigos, conversad sobre los caracteres del llamado *tiempo eje* y las situaciones, más o menos cercanas, en que alguno de los participantes vive la conciencia de estar en un *tiempo* de esas características.
3. Haz un breve esquema de los hechos más relevantes que, como retos y circunstancias, te parecen más provocadores de una conciencia actual de crisis, exigida de renovación, de un nuevo acoplamiento existencial.
4. Diserta sobre qué significa “conciencia de crisis”: ¿que tenemos delante una dificultad que vencer?, ¿que hemos de valorar lo que vivimos?, ¿que estamos sin alternativa ante nuevas situaciones?...
5. Busca la etimología de *hipocresía* y de *responsabilidad* y haz un breve análisis de ambos conceptos. Aplícalos a experiencias conocidas y vividas por ti.
6. Debate en grupo el fundamento y el sentido de alguna propuesta que te parezca válida para superar las dificultades de los tiempos actuales.
7. Argumenta a favor de alguna idea y acción que consideres más crucial y originaria para superar los retos de nuestro tiempo histórico-cultural.
8. Procura diferentes esquemas explicativos y comprensivos que sirvan de punto de apoyo para diferenciar *competitividad* y *competencia cooperativa*.

## Capítulo 2.

# Tipología de estilos de *conciencia personal:* diferentes modos de *saberse yo*

El presente viviente surge a partir de su no-identidad consigo, y a partir de la posibilidad de la huella retencional. Es siempre ya una huella. Esta huella es impensable a partir de la simplicidad de un presente cuya vida sería interior a sí. El sí del presente viviente es originariamente una huella. (Derrida, 1985)

### *Propósito eje*

Los seres humanos, seres complejos, bio-psico-socio-culturales, somos la narración histórica que de nuestro tiempo consciente hacemos en el intercambio con los demás, de modo que las raíces naturales no son fijaciones deterministas, sino punto de partida de un abanico abierto de posibilidades.

### *Logros*

1. Comprender la referencia relacional de nuestro “yo”, hecho más desde la relatividad del intercambio que desde la imagen subjetiva de una absolutez independiente.
2. Analizar serena y sencillamente aquellos lenguajes originarios que aparecen en el subsuelo de nuestra conciencia personal y que muy frecuentemente se nos hacen presentes.
3. Aplicar los cuatro estilos de “yo” descritos a situaciones socioculturales y clarificar la correspondencia entre lo descrito y lo conocido en los contextos sociales considerados.

4. Valorar aplicativamente la taxonomía presentada del nosotros y la relación entre ésta y los estilos personales del “yo”, concretando más la conexión entre el nosotros comunicativo y el yo metamoderno.

## 1. Nuestro “yo” es frágil e interdependiente

Esto lo hemos aprendido no hace mucho. En los siglos XIX y XX, K. Marx<sup>14</sup>, S. Freud (1979), F. Nietzsche (1996), L. S. Vigotski<sup>15</sup>, G. H. Mead<sup>16</sup>, L. Wittgenstein<sup>17</sup>, M. Buber<sup>18</sup>, E. Fromm (1988), J. Derrida<sup>19</sup> y muchos más, con lenguajes puntualmente personales, manifiestan un único mensaje: que somos la palabra dominante interiorizada por medio de las *huellas (gramaticalidad) holladas por e intercambiadas con* los demás desde la primigenia originariedad viva de cada uno, que somos el psiquismo, conciencia, que hemos intercambiado culturalmente<sup>20</sup>. Y que esas *huellas*, desde las que decimos la ineludible y exigida palabra “yo”, son, en definitiva, el trasfondo del estilo y del contenido de los encuentros *mantenidos*. Subjetivamente, cerrados en la definición de nuestro propio “yo”, nos percibimos como alguien absoluto, seguro, fuerte, realmente completo. Sin embargo, objetivamente, considerados desde fuera, somos la ineludible fragilidad de quien depende para ser de *entre* los *demás* y de quien sabiéndose ser no se reconoce sino en una parte limitada –conciencia– de la propia y más compleja realidad.

La más humanizante enseñanza de los últimos decenios, al ponernos en *nuestro* lugar, es aprender que nuestra, en otros tiempos grandiosa, *yoiedad*, conciencia, es *limitación* en los dos frentes de su analizable realidad, en sí misma y en cuanto puente de encuentro. En sí misma es limitada, frágil, dado que, siendo *luz, claridad*, referencia personal, es un conocimiento minado de oscuridad, no es transparente para sí misma. Es conocimiento marcado de imperfección, de incompletud, de elementos presentes en ella, pero incontrolados y casi siempre ocultos, fragilidad y limitación.

14 Véase (Marx y Engels, 1970).

15 Véase (Vigotski, 1977): “Somos huellas que se sintetizan en palabras”.

16 Véase (Mead, 1972): “La comunicación es antes que el espíritu, en cuanto que nacidos de madre humana, concretamos nuestra realidad personal, nuestra personalidad, sólo a través del ineludible intercambio con los otros”.

17 Véase (Wittgenstein, 1988): “En los juegos del lenguaje hacemos presente la realidad”.

18 Véase (Buber, 1960): “La protocategoría de la realidad humana es la idea de *entre*”.

19 Véase (Derrida, 1985): “El sí del presente viviente es originariamente una huella”, o, lo que es lo mismo, lo que en cada momento es la realidad personal de cada uno, la propia conciencia desde la que leemos e interpretamos la vida es en el inicio una *huella*, sin la cual no concretaríamos nuestro ser personal consciente.

20 Esto lo decía K. Lorenz (1975) con una sentencia perfecta: “Cada uno somos un artefacto de la cultura”.

La conciencia, en cuanto *punte* de encuentro, relación, también manifiesta menos plenitud y grandeza que la subjetiva y tradicional experiencia de sí misma hace casi siempre creer. Y es que aquí también manifiesta fragilidad y limitación, no porque la conciencia sea y luego se relacione, sino porque la conciencia es fruto de la misma relación. Somos nuestro “yo”, referencia en la que cotidianamente nos sentimos seguros y firmes, y resulta que esa voz, “yo”, se nos muestra, analizada *desde fuera*, como una realidad frágil e interdependiente. Esto es un reto que permanentemente ha de acuciar nuestra existencia y mantenernos alerta y creativos para cuidar lo más íntimo y personal: el hacerse de nuestra propia, pero limitada y *accidentada*, realidad. Y es que como bien expresa Zohar (1992):

Yo soy yo, únicamente yo misma, porque soy un patrón decididamente único de relaciones y, no obstante, no puedo separar este yo que soy de esas relaciones. Para el yo cuántico, ni la individualidad ni la relación es primaria, porque ambas surgen simultáneamente y en igual “peso” del substrato cuántico.

## 2. El *otro* para ser podido o para poder con él

El ser humano es un “*animal abierto al ser*”<sup>21</sup>. Como animal, tenemos los caracteres que los biólogos y los etólogos<sup>22</sup> han estudiado. K. Lorenz (1975)<sup>23</sup> resume que somos: un ser instintivamente indeterminado, un ser especializado en la no-especialización y un animal culminante. En definitiva, que somos un ser *relativamente capaz* de desligarse de las inmediatas y fuertes exigencias naturales, pero también condicionado por esas mismas exigencias: necesidad de seguridad, defensa del propio territorio, afán de acumular medios de supervivencia, satisfacción de necesidades primarias de alimentación y conservación/reproducción. Todo eso se resume y manifiesta en que los seres humanos necesitamos *poder*, poder para conseguir la satisfacción, mediante las acciones adecuadas, de todo aquello que originariamente vivimos biológica y culturalmente como una necesidad. La historia de los humanos es el permanente recorrido de una secuencia

21 M. Heidegger (1978), recogiendo la tradición aristotélica de *La Política* (1957) de que la palabra es el “*hombre el único animal que la tiene*”, ve al hombre como “*el pastor del ser*” gracias a la *palabra*, que nos “*abre al ser*”, nos desliga del inmediato *um-welt* del animal y nos abre a las posibilidades del *welt*, del mundo, abierto y disponible para la *palabra* humana. La realidad humana es el mundo de lo posible, ver como posibles muchas redes mentales y afectivas que a menudo nos proyectan excesivos imposibles. Ortega y Gasset nos recuerda a este respecto que los libros indios dicen que dondequiera que el hombre pone la planta pisa siempre cien senderos.

22 Las siguientes referencias aportan información sobre esta cuestión: (Carraza, 2000), (Dawkins, 2000), (Maier, 2001) y (Peláez del Hierro, 2002).

23 Véase también (Gehlen, 1980).

inagotable de encuentros y tensiones en torno a la vivencia de *poder*: poder para tener, poder para sobrevivir, poder para estar seguro, poder para dominar, poder para prevenir carencias, poder para...

El central problema de la compleja y beligerante historia humana brota precisamente de cómo seamos capaces de gestionar esas ineludibles experiencias de *poder* en el no sorteable campo de juego de la convivencia entre todos y de todos con la naturaleza. Hoy, gran parte de los problemas del encuentro hombre-naturaleza es cómo conseguir que el poder avanzado, ciencia y tecnología, de ciertos grupos humanos más poderosos no acabe con la fuente de la vida. De ahí la presionante y reiterada necesidad de sensibilizarnos respecto del *desarrollo sostenible* y de cambiar el horizonte vital de cómo relacionarnos con la naturaleza. Si se deja actuar ese poder avanzado sin los límites éticos que permitan sostener la vida, podemos llegar a la destrucción del mismo suelo que nos vio nacer. Igualmente, si el poder fue siempre germen de conflicto más o menos truculento y belicoso en el encuentro de grupos de humanos, hoy, con añadidos componentes de problemática y acabamiento, aparece destructiva la relación de esos humanos. Unos grupos culturales convencidos de su superioridad científico-tecnológica, con repercusión económica de dominador-dominado, se sobreponen a los otros. Éstos que se sienten dominados reaccionan con los medios actuales de manera contundente. En contextos más pequeños, menos mundiales y más nacionales, o hasta más reducidos, grupos que se consideran *podidos* religiosa, política, económicamente, en todas las facetas o en alguna más que en otras, reaccionan con violencia, deseando el poder para ser ellos según consideran que pueden ser. Y los grupos de poder se atrincheran y proclaman que hay que acabar con... el terrorismo y la delincuencia. Y hay violencia, inseguridad, conflictos. Y hay una latente secuencia larvada, cada día más cotidiana, proyectada en el escaparate de los *media*, de que todo está en situación crispada de violencia o casi destrucción.

Este mundo es real y aceptable desde el conocimiento de saber quienes somos. Ese ser referido, nacido de la naturaleza, tiene la exigencia natural de sobrevivir, sentirse seguro, afirmarse ante los temores inconscientes y conscientes de todo y cualquier tipo de naufragio existencial. Ahora bien, esa experiencia de poder puede vivirse desde dos esquemas globales de comprensión y de acción. Uno, alimentado predominantemente desde los procesos y las exigencias de lo biológico, sin, en la práctica, ningún complemento de otros niveles de la experiencia humana, la reflexión ética o la conciencia de la realidad de los demás. El otro, precisamente sostenido, no sólo desde esa referida bio-exigencia (la ley del más fuerte, cuanto más mejor, lo único que importa soy yo, egoísmo individualista), sino desde esos otros frentes de poder más renovadamente humanos, *frentes* –cercanía fonética a *mentes*– en los que aparece la conciencia del encuentro con los otros como ineludible realidad de la que cada uno dependemos y a la que nos debemos sentir ligados para poder en “justicia e igualdad”.



De ahí se deriva el criterio clave que puede provocar cambios en la forma de poder de cada una de las personas, los grupos y las comunidades que seamos capaces de configurar. El poder negativo, destructivo y perverso, se genera cuando en todos los asuntos de la *convivencia* y el *trabajo*, analíticamente muchos, pero globalmente esos dos (Habermas, 1987), se olvida que todo otro humano es tan persona, tan real, tan centro y exigencia de poder como cada otro. El aprendizaje que hoy se deriva de los problemas límites del mundo y de la información científica sobre la realidad humana, curiosamente coincidentes ambos hechos, es saber que nada es más cierto, consistente y válido para seguir adelante que cada otro es tan persona como cada uno se siente, cree y valora.

El otro, ya sea de otra cultura, otra religión, otro ambiente, otras abundancias o hambres, otras tradiciones o lenguajes, es tan persona como todo otro. Los males del mundo, que hoy por razones obvias se han incrementado y afirmado –más información que nunca, más mensajes con propuestas de otras formas de convivencia, más tecnología para dominar y machacar–, tienen un centro común explicativo: que *unos pueden sobre* otros y que no somos capaces de organizarnos para *poder con los otros*. Así, preferimos poder para que nuestra economía nos afirme y asegure la huida de la carencia hacia la sobreabundancia, antes que poder para compartir lo que nos sobra y que nadie muera de hambre<sup>24</sup>. También buscamos poder para que nuestra economía explote de manera degradante territorios, materias primas y jornadas laborales/sueldos de miles y miles de trabajadores, sin ningún tipo de consideración. O también buscamos poder para ofertar de modo permanente y con descontrol todo tipo de mensajería consumista, interesada, reduccionista, sin otra consideración que hacer rentable el mensaje ofrecido. O más poder para que unos pocos sepan y contribuyan a hacer que las coordenadas de la vida social tengan un determinado recorrido, de modo que la gran mayoría, creyéndose realizada y libre, viva integrada en los estilos de conocimiento e información que conviene a esas organizaciones que *pueden* hacer lo que hacen, aunque, en el otro lado, acumuladas generaciones de hambre y de sufrimiento, aglutinadas por alguien, pueden estar en permanente estado de beligerancia, guerra, o asalto. Todos contra todos. Todos contra todos, porque inmersos en el afán descontrolado de poder, hemos podido olvidar o no apetece aceptarlo, mientras las posibilidades de poder contra los otros aguanten, que toda realidad personal es ineludiblemente producto del encuentro con los otros. Pero no del encuentro con los otros en cuanto medio para la utilidad de algunos, sino con los otros como personas inalienables y absolutamente respetables como cada otro, efecto de un nuevo paradigma, de una nueva espiritualidad, en que se valoren otros tipos de conocimiento –el poético, el emocional, el intuitivo– que aparecen desde la ineludible conexión –*gramaticalidad*– de todos *entre* todos;

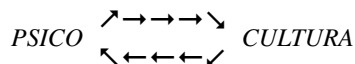
---

<sup>24</sup> Los datos de hambre en el mundo, con personas de toda edad y contextos, siguen apelando inequívocamente a cada uno, sobre todo, cuando aparecen en las pantallas de los noticieros los *sofisticados* cañones y aviones de trágico *adorno* o *uso* bélico. Mil millones de personas con hambre y muchos más infraalimentados.... de casi todo: paz, respeto, conocimiento, justicia.

un nuevo paradigma que, como se ha dicho repetidas veces, supere la edad de la máquina anclada en los principios de orden, estabilidad y equilibrio, pasando a los sistemas abiertos, complejos, dinámicos del nuevo paradigma científico, aquél que pasa del mundo mecanicista al holístico y ecológico.

### 3. Estilos psico-culturales dominantes de formas de hacerse y manifestarse el “yo”

Psico-cultural no quiere decir nada raro, ni complicado. Es la consideración de las fases complementarias de nuestra realidad personal: que somos un psiquismo, la capacidad de cada uno de decir y sentirse “yo”, que no surge del aire ni de un poder absoluto y desligado de nuestro ser, sino que nace del intercambio cultural en el que de forma ineludible surgimos como conciencia. Cada uno somos una faz interior, personalidad, psiquismo (*yo cóncavo*) y una faz exterior (*yo convexo*), componentes generadores de una cultura. “Yo”, es decir, una cultura incorporada, un lenguaje, unas creencias, unos sentires, unos pensamientos... Cultura, es decir, personalidades, formas de ser y ver, expandidas, dialogantes, en el permanente intercambio de los flujos sociales. Ese bucle permanente e ineludible, psico-cultura, es lo que nos hace hijos de un tiempo, de una época, de un “cerebro expandido” (Lotman, 1990) y lo que, en consecuencia, nos dificulta para abrirnos a otras formas de vida interiorizadas/manifestadas por otros. Ahí está el trasfondo vivido de por qué se nos hace problemático aceptar al desconocido, al de otros “mundos” psico-culturales, o cambiar de formas de captar y dialogar con la vida.



Pues bien, de lo que se trata es de analizar y proponer formas personales de vida posible, capaces de animar y concretar otra cultura que haga real un mundo más humano. El horizonte de nuestra inquietud se traslada al reconocimiento del fondo espiritual dominante sobre el que hoy nadamos y que parece es lo que hay que reformar para alcanzar lo nuevo. La caída en la cuenta y la subsiguiente reflexión sobre los males del mundo siempre choca con una imagen general y perceptible por la mayoría de los humanos de cualquier rincón del Planeta. Más o menos viajados, cada uno percibe en el encuentro cotidiano con los *otros* que el ser humano es bueno. Lo negativo, excepcional, confirma la regla. Millones de kilómetros cuadrados sobrevolados y pateados y uno siente que el trasfondo vital de lo humano es bueno. Como en el conjunto de la naturaleza. Rousseauiano. En kilómetros físicos y

culturales de las más cercanas raíces, en el conjunto de Europa, en Africa, en muchos países de América del Sur, del Centro y del Norte, por donde me he movido, y allá y acá, los seres humanos son buenos: solícitos, atentos, cercanos, amables, sonrientes, dispuestos a la ayuda. Una maravilla. Situaciones límites son las que a veces empañan este panorama. Sin embargo...

El conjunto del mundo, ya lo hemos analizado, vive en situaciones que no se corresponden en absoluto con esa visión. Si los actores son de esta manera, buenos, ¿dónde y cómo, por qué se genera el cambio hacia la opresión, la pobreza, la ignorancia y el temor? Si los actores son de esta manera, buenos, ¿por qué se hace distante, complicado, ¿imposible?, considerar realizable otro mundo más “digno y justo” y menos traumático y destructivo? Probablemente, la respuesta tiene que ver con la arqueología humana y la construcción de los resortes personales y con los dialécticos y complementarios libretos culturales, que entre sí se realimentan. ¿Qué formas de ser y de actuar como persona y de ser receptor y motor de cultura son dominantes en nuestro contexto para que sean éstos los resultados?: Contradicción, severas dificultades para el cambio, temores, inhibiciones, dominadores y dominados.

Antes de pasar a la analítica global de las formas de conciencia reconocibles en los grupos socio-culturales (queda anunciado: “yo” moderno, “yo” postmoderno, “yo” ultramoderno, “yo” metámoderno), hacemos un recorrido por esa arqueología dominante en la constitución de los espíritus, que es de donde puede proceder y asentarse todo cambio.

## 4. La experiencia del poder

Que todo se trastoca aquende y allende. Hasta la bondad de los seres humanos para la convivencia se pervierte cuando se queda atrapado en esta universal propuesta de nuestra trama existencial. Dar poder a una persona es poner realmente a prueba su carácter, dado que es el afrodisíaco más fuerte en expresión de Nietzsche. El poder. Voltaire pensaba que la pasión de dominar es la más terrible de todas las enfermedades del espíritu humano. Todos necesitamos y sentimos la urgencia y la exigencia de poder<sup>25</sup>. Poder es el cimiento de nuestra realidad personal, como la base originaria de nuestra conciencia, a partir de la cual, precisamente, estamos y dialogamos con el mundo.

---

25 Véase (Foucault, 2001) y (Chomski, 2001).

En la compleja trama de líneas desde las que surgimos a la vida humana, aparece una serie de elementos biopsíquicos que configuran la emergencia del *poder*. De un lado, en cuanto que somos vida trémula y dependiente, nos traemos de inseguridad, más o menos percibida y ocultada. Queremos pisar en la *discriminante* tierra de *montajes* de toda índole –grandezas, suntuosidades, estratos, ritos, signos–, que nos aporten *seguridad* (Butler, 2001). Amenazados de *nada*, débiles en el tiempo, que nos sorprende y configura, venidos de no haber sido, atravesados de permanente improbabilidad de ser –“estas manos, mis antenas de hormiga”<sup>26</sup>–, anhelamos en todos los frentes y horizontes plataformas de seguridad. Pero no sólo eso, sino que, en cuanto que somos posibilidad competente de conciencia entre otros y capaces de autoconfigurarnos, esa exigencia de seguridad se enriquece y trasciende en otros ámbitos y contextos. Buscamos seguridad en el intercambio de los sentimientos: amar y sentirnos amados. Generosamente nos damos a los demás para, además de hacer posible la nobleza y la excelencia de ese sentimiento altruista, compensar y embellecer la dependiente necesidad que tenemos de sabernos sentidos con otros. Y en ese sentir seguridad dándonos, para recibir de los otros, hay amores de posesión, de dominio, de celos, de odio, de destrucción; novelas y vida, vidas y novela, por todos los rincones de la existencia.

Buscamos seguridad en el pensar para dialogar, sabiendo que queremos tener razón para estar seguros –*tengo razón, estoy seguro*–: más exigencias y más muestras de los recónditos afanes de seguridad, de poder sobrenadarnos y de sentirnos firmes, aunque tenga que ser frente a los otros. Por eso, el *diálogo* auténtico –*logos, palabras*– que hacemos fluir –*diá, a través de*–, en un movimiento constante de flexibilidad y de recorrido, es tan difícil y excepcional (Goodman, 2002). No nos encontramos en el habla para dialogar, para com-partir (*parte con*), para trasladarnos autenticidad, riquezas y limitaciones. Hablamos para vencer, para sentirnos superiores, para poder sabernos seguros por creernos más que el otro. Esto se manifiesta en que no nos escuchamos, hablamos desde nuestro disco *rayado* para el otro, pero no recibimos nada. O queremos estar siempre en el punto final del escaso intercambio, de modo que por alguno de los dos no se terminaría nunca lo dicho, pues siempre alguno desea decir la *última* palabra en todos los sentidos, en el de final, en el tiempo, y en el de culminante, en el significado.

Buscamos seguridad en los grupos de convivencia que generamos para el intercambio de habilidades, demandas y palabras. Es fuerte la tendencia al grupalismo –alguien diría al *borreguismo*– en la misma medida en que crecemos con escasa confianza en nosotros mismos. Por eso, es muy frecuente entre muchas personas agruparse con alguien frente a alguien, incorporarse a algún grupo de presión labo-

26 El poema *¿Cara o cruz?* de León Felipe (1978) se interroga profunda y enérgicamente sobre qué es el ser humano.

ral, convivencial, no porque estén convencidos del valor que aporta ese grupo, ya institucionalizado, ya más o menos espontáneo, sino por no ser capaz de aguantar la presión del ambiente con la escasa fuerza personal de la autonomía y de los criterios propios. Frecuentemente, las mediaciones educativas generan personalidades dependientes, huidizas del propio pensamiento y de la confianza en ellos mismos, para ser así más fácilmente dominados y asimilados por los fuertes que aparezcan en diferentes contextos<sup>27</sup>. Complementariamente, en estos contextos psicoculturales, es donde se cultiva el germen de la violencia o las reacciones desproporcionadas en el análisis de ciertos conflictos o el debate de algunos problemas. Esas personas debilitadas por el escaso entrenamiento en saberse personas respetadas y escuchadas quieren recuperar, en esos momentos de forma inconsciente, aquello que viven como usurpado: quién puede y quién es podido en los grupos de convivencia de todo contexto y estilo<sup>28</sup>.

Buscamos seguridad en el afán de desear ser nosotros mismos y expandir nuestro espíritu –asegurarme de que soy yo y de que mi vida la hago yo–, seguridad que, en muchas culturas, bastante en la nuestra, por medio de la familia y la escuela, es bastante manipulada y usurpada, de modo que, en vez de provocar realmente el primigenio y valioso crecimiento personal, éste se trastoca por el apoyo y el deseo paternalista de cobijar y ofrecer seguridad de segundo nivel (ser pasivo y sentirse protegido), de forma que no se potencia la auténtica seguridad de la realización personal. Y es que, globalmente, la seguridad auténtica interesa menos ser potenciada desde la visión de los grupos de poder establecidos, que prefieren tener grupos sociales de personas flojas y flácidas espirituales para ser más fácilmente manejadas como *clientes* políticos y comerciales<sup>29</sup>.

Buscamos seguridad como muestra fehaciente de que limitados, débiles y siempre pendientes todos de todos, dado que nada podemos sin los demás, quedamos sostenidos por la fuerza generosa de la naturaleza activa y creadora. El problema está en que esa limitación y dependencia puede tener dos caminos alternativos para concretar la forma de vivir la experiencia. Uno, el deseable desde un sentido y horizonte de convivencia respetuoso, igualitario y siempre *interdependiente*. Otro, el más usual y dominante, es que unos busquen, por intereses añadidos a esa experiencia ineludible de la limitación y la dependencia, mantener a muchas personas en situación de *podidos* para que los otros efectivamente puedan. El conflicto surge cuando, *desigualados* y en trance de permanente *injusticia*, algunos, animados por la tradición y los códigos culturales establecidos, entienden que la manera de salir de las zozobras e inseguridades es acumular poder. Eso sólo se hace en detrimento del poder de otros muchos, que salvaguardan su afán de seguridad sometiéndose, *podidos*, a las seguridades prestadas por los otros<sup>30</sup>, germen vital de casi todos los

27 Véase (Warham, 2002) y (Marco, 2002).

28 Véase (Bourdieu, 2000a) y (Bourdieu, 2000b)

29 Véase (Escobar, 2001) y (Percio, 2001)

30 éase (Ponce, 2001) y (Apple, 2002)

conflictos humanos, que deriva de la incompleta e incompetente experiencia de la *democracia*<sup>31</sup>, poder de todos y de cada uno para ser una existencia segura, dado que algunos pueden sobre los demás. Se olvida que, en realidad, nadie es superior a nadie y que todos, en definitiva, somos *hermanos* participantes de una misma e idéntica realidad: nadie es sólo en ningún aspecto por sí.

Esta vivencia universal y básica en la configuración humana de seguridad *versus* inseguridad es la energía profunda que da origen y sentido a la experiencia del poder: poder estar seguro, poder hacerse en el tiempo, poder satisfacer necesidades y carencias, poder salir a flote de los embates de la vida, poder *poder*.

Es imprescindible considerar las relaciones vividas entre esta exigencia de poder y la configuración de la conciencia personal, esto es, considerar qué tipo de conciencia personal, estilo de ser humano, pueda vivir la experiencia del poder con menos carga de negatividad entre unos y otros humanos. Es probable, como razón en estas páginas, que el cambio consista en dejar de ser conciencia sustantiva, aislada y preparada para poder defendiéndose *–tomando medidas–*, y pasar a una conciencia relacional, *comunitaria*, que precisamente encuentre la fuerza de la seguridad, no en poder *frente* o *contra* otros, sino en poder *con* y *para* los otros, de modo que todos encontremos la seguridad, no en dominar y estar sobre otros que sirvan de apoyo, sino en estar al lado de cada otro como interminable cadena de conciencias que se autoafirman en la firmeza de todos con todos (Herrán y Muñoz Díez, 2002), sin manipulaciones, dominios aberrantes y reducción de la propia e inalienable realidad personal.

## 5. La experiencia de la debilidad personal

Ser fuerte, tener ideas propias, sentirse independiente de coacciones y de exigencias impuestas desde el exterior, no es nada fácil. En primer lugar, porque, como vemos, no somos *substancias* desde nosotros mismos, “yoes” hechos desde lo absoluto, sino realidades personales radicalmente minadas por la presencia enriquecedora o privativa de los otros, por las *huellas* originarias desde las que arranca nuestra conciencia, siempre cargada de *diferencia* incontrolada (Derrida, 1967). Esto tiene que ver con nuestra originaria inseguridad: saber inconscientemente y conscientemente que somos una fragilidad puesta de pie en permanente estado de equilibrio fluctuante. Por eso, la fortaleza personal, ser *asertivo*, afirmarnos en nuestra propia consolidación de seres capaces de autonomía y de realización personal, es algo psicocultural, algo que cada uno vivimos desde lo aprendido. Grupos y ambientes humanos en diferentes culturas transmiten fortaleza

31 Véase (Hertz, 2002) y (Strange, 2001)

de espíritu para ser “yo” y, en otras latitudes, la transmisión en ese sentido es menor. En muchas culturas, ese fortalecimiento se atiende de manera muy escasa. Por ejemplo, entre nosotros, uno encuentra sumisión hipócrita y muchas veces resentida y, al otro extremo, la correspondiente y exaltada violencia. Falta autorreflexión y esfuerzo para ir al encuentro siempre exigente de lo *originario* de uno mismo. Entre nosotros, una historia de cacicazgos, de temor al hambre y al señor, de penetrada religiosidad infantilizada y amenazante, siglos y siglos, ha generado una cultura del temor, la envidia, la crítica furtiva destructiva y el miedo a ser uno mismo frente a jefes o aseguradores de promociones y, en cierto sentido, haciendas. Además, convencidos de que si no se actuaba con ese temor e inhibición –y se arriesgaba en liberarse de eso–, el esperado castigo del poderoso terminaba haciéndose terriblemente presente.

Con este estilo de entrenamiento personal, difícilmente podemos imaginar la proyección de los modos y de los *libretos* psicoculturales que nos abran al horizonte de otras formas de pensar, sentir y hacer para proyectar esa necesaria ventana cultural novedosa. Si hemos de cambiar para hacer viables otras formas de convivir que, en efecto, nos pongan en la sintonía deseable de la humanidad “*justa, igual y digna*”, la inicial materia prima que requerimos es la de las personas adecuadas para el logro de tales procesos y metas. Y eso ineludiblemente requiere personas confiadas, seguras, serenamente libres de espíritu, para saber afrontar los conflictos y encuentros con los demás de manera dialogada y renovadora, auténtica.

Uno de los puntos sobre el que la escuela debe evaluarse es esta cuestión: si anima y potencia entre los educandos a los que atiende un horizonte de seguridad y afirmación personales. Las críticas vertidas a los sistemas escolares dominantes a lo largo del siglo XX<sup>32</sup> han insistido en los *males* dominantes en los procesos educativos allí provocados. Uno de ellos hace referencia a la fuerte tendencia controladora de los saberes “establecidos y correctos”, de modo que la creatividad y el pensamiento autónomo y crítico son muy poco potenciados<sup>33</sup>. Este estilo y ese mismo sentido educativos se corresponden con una proyección de las personalidades educadas carentes de seguridad y de aplomo para dilucidar y expresar lo propio, en definitiva, para crecer y vivir generando pensamientos y sentimientos caracterizados por la seguridad y la confianza en saberse y sentirse realizadores seguros de una personal afirmación<sup>34</sup>. En poco o en nada merece la pena educarse, incorporar a la propia conciencia, al “yo”, si mucho de lo que se entrena en esos aprendizajes sirve para bloquear lo más significativo y rutilante de la propia persona: la confianza en saberse generador creativo y autónomo de pensamientos y de sentimientos aureolados de libertad, de autonomía, y de la personal afirmación “Yo soy”.

32 En (López Herrerías, 1980), se recogen las diferentes reflexiones críticas y alternativas sobre la escuela -educación abierta, científica, popular, del trabajo...-, dado que la escuela dominante se ha visto memorística, repetitiva, intelectualista...

33 Véase (Delval, 2002) y (Assman, 2002).

34 Véase (Castanyer y Ortega, 2001) y (Schuler, 2002).

## 6. La experiencia de la mediocridad

El código cultural dominante en el sistema escolar, el considerado eminentemente educativo de entre todos los contextos y los procesos de socioculturalización, es el entrenamiento del ajuste personal a *medias*. Muchos son los factores que provocan esta tendencia a lo *medio*, más que a la animosa y esforzada “expansión del espíritu”<sup>35</sup>. La lectura de lo que la escuela pretende y consigue es la siguiente: que la inmensa mayoría de los ciudadanos, en prolongación tácita del estilo mental y afectivo de las familias, se preparen en lo básico y lo elemental para manejarse en la sociedad como clientes, potenciales operarios y mínimos concededores de las exigencias que lleva consigo la vida social. Sólo una minoría, en cierta consonancia con los estilos familiares y el código cultural de esas escuelas (privadas), se educan para otro nivel de expectativa, conciencia personal y confianza para afrontar los proyectos de la existencia de otra manera. La conciencia global, cultural, que recorre la visión y la expectativa de la escuela no es de que sirva para *expandir plenamente el espíritu*, las posibilidades y las capacidades de todos y cada de los ciudadanos escolares. Más bien, es sólo para que prepare a las personas para el acomodo ajustado, silencioso, minimalista y dependiente de prepararse para *lo que le toque* (Álvarez, 1986).

El circuito de los actos escolares en que esto se ejecuta es el de los aprendizajes-evaluados desde los criterios externos e impuestos –exámenes–, por medio de los cuales cada personalidad queda sometida a los grilletes simbólicos de las imposiciones del sistema. Éste se sostiene en el *vellocino de oro* del examen calificador: tú, aprobado; tú, suspenso; algunos pocos, jerárquicamente, para aprender diferencias y acercamiento a la comprensión de la injusticia, notables o sobresalientes<sup>36</sup>. No se evalúa para promover y potenciar las virtualidades de cada uno; se califica, desde parámetros medios de observación, para conseguir el efecto tácito de la repetición, la sumisión, la desconfianza en la propia conciencia y en las personales habilidades para conocer; en definitiva, para aprender a ser espíritus recortados a las exigencias económicas y sociales que el sistema de poder dominante impone.

Ese estilo de realización personal no parece el adecuado y válido para acercarnos a esa conciencia de igualdad y exigente dignidad de todos y cada uno. Hacerse desde la valoración de otros –valoración tipo, general, uniforme, repetitiva– genera, en las personalidades que se construyen con esos influjos permanentes, una tendencia a la imitación y la búsqueda de aquellos estilos mentales y afectivos más recortados, pre-

35 Entre los inquietos escritores de la Generación del 98, M. de Unamuno (1966) escribe animosamente sobre esta cuestión de la “expansión del espíritu”.

36 Este asunto requiere más debate y clarificación para descubrir lo *latente* de tan persistente y, eso sí, aparente forma de hacer justificada y clarificada. Véase (Haynes, 2002) y (Eliard, 2002).



visibles y poco renovadores<sup>37</sup>. Con esta plataforma psíquica, la posibilidad de incidir en los circuitos culturales establecidos con otras fórmulas de pensamiento y de acción es muy difícil, ya que, predominantemente, en todos los contextos y ámbitos de la vida social, cualquier propuesta de renovación es vista como rara, sospechosa y con la voz interior constante de que tal vez sea mejor quedarse como se está. Se aprende sutilmente a tener miedo a la salida de los esquemas interiorizados de mediocridad, dependencia, temor, no vaya a ser que por salir de sitio las consecuencias sean nefastas. Se aprende, por imposición sibilina y nada patente, a sobrenadar en la desconfianza en las propias capacidades. En mi trabajo de profesor, uno de los motivos dominantes de acción es animar y provocar la recuperación y el crecimiento de los mismos estudiantes en sus habilidades. Tanta corrección numérica castigadora, privada de suficiente contundencia y de mediación recuperadora y superadora de las dificultades para aprender, provoca en muchos alumnos una conciencia de *fracasados* para todo lo que tiene que ver con el estudio, el conocimiento<sup>38</sup>, la educación y el esmero en la propia realización personal. Y si no fracasados, sí para quedarse satisfechos en interiorizar lo que el código oculto y menos desvelado de la escuela pretende. La escuela del examen calificador, numérico, que clasifica a los alumnos en órdenes discriminativos de notas –suspense, aprobado, notable, sobresaliente–, y que sólo ofrece explicaciones más orientadoras a petición del alumno, mayoritariamente cuando se sabe suspense, no educa la personalidad de manera valiosa, sino adecuada para lo que tácitamente se pretende<sup>39</sup>: *cognitivamente*, aceptar como válidos aprendizajes incompletos, inútiles y frustrantes para el conjunto de la personalidad a lo largo de la vida; *afectivamente*, interiorizar una imagen producida por los constantes mensajes calificadores en los que se autorreconoce como persona o se acomoda en una determinada clase –*esteria*– numérica –que estadísticamente será mayoritaria en el segmento de los aprobados–, y que al tiempo se conciencia de que es más o menos tonto o listo, más o menos inseguro, y más o menos diferente de otros a los que ve por encima o por debajo (Anaut, 2002).

37 En sintonía con la tesis de la *reproducción* cultural, P. Bourdieu (2000) analiza la potente presencia de la televisión como *medio* mantenedor de las creencias e ideas convenientes a los centros de poder más influyentes en el sistema sociocultural dominante.

38 Y lo que es peor, no sólo el rechazo y el alejamiento del conocimiento, sino de otras dimensiones de la personalidad –estética, afectiva, ética–, dado que el conocimiento es sólo una de las representaciones de la existencia.

39 Que la conciencia se escriba con guiones de *diferencia*, de *jerarquía*, de *poder y control* posible y aceptable de unos sobre otros. Fernández Vitores, R. (2002) *Sólo control: panfleto contra la escuela*. Madrid: Páginas de Espuma.

## 7. La experiencia de sentirse hecho para acomodarse y repetir

Muy cerca de la dinámica personal del punto anterior –vivir un desarrollo de las capacidades para no sobresarir–, aparece esta otra consideración del aprendizaje para acomodarse y repetir. Los códigos culturales dominantes, y la escuela como uno de sus más fieles transmisores y guardianes, son especialistas en perseguir la diferencia y, por otro lado, en aceptar los pensamientos manifestados según los patrones dominantes. En todas las investigaciones sobre el pensar y el sentir de los alumnos respecto de la vida de las aulas, siempre el mismo mensaje: tengo que escribir –examen– lo que el profesor quiere que escriba. ¿Coincide con la ciencia, con una forma de ver esa ciencia, con el libro que utiliza el profesor, con lo defendido por el grupo de presión al que pertenece el profesor? (Rosenthal y Jacobson, 1976)

El auténtico fin de la educación casi siempre queda oculto (Kincheloe, 2001). Los fines manifiestos, muchas veces aceptables –aprender a pensar, desarrollar competencias críticas y creativas...– quedan desmentidos por la acción educativa –la *norma* y el *apoyo tecnológico*–, que precisamente es de signo contrario. Dado que las acciones educativas, medios para alcanzar los fines, lo que entrenan es la repetición, el temor a la propia expresión y a la muestra del pensamiento personal, surge una creciente desconfianza en las propias capacidades para razonar-expresar y un horizonte de tendencia a la acomodación sin más<sup>40</sup>.

Tampoco parece que este estilo personal de humanos debilitados, tendentes al mantenimiento de lo establecido y poco confiados en las propias fuerzas y habilidades, pueda ser el medio competente para abrirnos a ese horizonte de nueva cultura que hoy parece nos debemos exigir (Chomski, 2001). Se requieren, precisamente por la exigencia del reto y la ineludible respuesta de valor y de creatividad que los tiempos necesitan, otras formas de construcción personal que, más que estar solidificadas sobre la acomodación, tengan una conciencia esperanzada, animosa y proyectiva de la existencia; en definitiva, mayor coherencia en los fines pensados y dichos y más decidida acción educativa capaz de acercarse al logro de los nuevos fines señalados (Meirieu, 2001).

<sup>40</sup> Es necesario implicarse decididamente en la alternativa: otra escuela, para otras personalidades, punto de apoyo de otra realidad cultural; en definitiva, de otra manera de convivir y saberse persona. (Libedinsky, 2001).

## 8. Qué problema hay con la configuración del yo personal hoy

El problema es que, como otras muchas realidades y consideraciones de lo que afecta la vida y la conciencia humanas, la configuración del yo personal hoy requiere cambios y plantea conflictos e interrogantes que necesitan otras fórmulas y respuestas. Como vamos a ver, en ese encabalgado de las diferentes conciencias del “yo” denominables *moderna, postmoderna, ultramoderna y metámoderna*, el asunto es que podemos encontrar, en la plasmación de las formas de vida y de acción cultural, esos estilos de conciencia personal. Venimos en la historia de la cultura europea, grecomoderna(idad), de una larga secuencia –siglos V a.C. a XX d. C.– de un estilo humano fuerte, de yo substancia, racionalmente poderoso –*pienso, luego existo*–, capaz de *medir y dominar*; por medio de esas aprióricas –absolutas, independientes de la experiencia– categorías racionales, la *verdad* de lo real. Así, Dios había *escrito la naturaleza en lenguaje matemático* y las categorías aprióricas de la razón nos ligaban con la posibilidad de conocer la verdad de lo real de manera general, infalible y necesaria. ¡Grandioso! Este humano así dotado era grandioso.

Sin embargo, ocurrió que tanta grandeza, sobre todo a partir del siglo XIX –tiempo que, en consecuencia de la plataforma personal anterior, se perfilaba como el siglo del arranque definitivo del progreso y el bienestar inagotable para todos los humanos– iba a romperse con sorprendente virulencia, con enormes y traumáticos desengaños. En las ideas y en el conocimiento, esto es lo que representan los filósofos y los indagadores de la *sospecha*, S. Kierkegaard, F. Nietzsche, S. Freud...: el “yo moderno” en crisis. Si ese “yo” se resquebraja, la reacción es la del dominante postmodernismo –postmoderno: que nada merece la pena, que se acabaron los tiempos de los *grandes relatos*, que se ha visto que no servían para mucho, o, en todo caso, para embaucar a millones de seres durante cientos y cientos de años– en gran parte del siglo XX y aún hoy, también presentes, como veremos, otros estilos de yo. Entonces, el yo personal hoy queda rebajado, reducido, empobrecido. Los analizados “yo light”, “yo difuso”, “yo diluido”, incompetentes para creencias y esfuerzos relevantes, sólo capaces de devorar aventuras cotidianas y dejarse llevar de la vorágine torrencial de sensaciones; necesitados de *sueños* y sucesos que, anémicos, mantengan al menos la conciencia aturdida en un permanente golpeo de propuestas; con ese “yo” no parece fácil que podamos, individual y colectivamente, reconocernos y reaccionar ante los múltiples y novedosos retos de nuestro hoy.

Lo más tiempo *eje* de nuestra actualidad, alcanzada tanta tecnología y globalización, si queremos seguir adelante con visos de futuro más digno, es que deberíamos dedicarnos más y mejor a nosotros mismos; no en el sentido egoísta, individual y dominante a lo largo del tiempo, de autoafirmarse cada uno, por su

cuenta, contra todos y sobre todo, ya que eso muy entrenado nos ha llevado hasta aquí y reconocemos que no nos gusta (Good, 2001), que tiene pocos horizontes de viabilidad y que bien merece el esfuerzo orientarse hacia otros derroteros; dedicarnos a nosotros mismos para mejor conocernos y sobre todo decidarnos a ser y vivir según el estilo que más valga el ánimo incorporar y practicar. No podemos olvidar que la realidad más *tecnológica*, centro y motor de todo lo que somos capaces de vivir, somos nosotros mismos. La calidad de vida, el bienestar, la felicidad, de todos y cada uno, no depende tanto de las tecnologías aplicadas de que nos surtamos, cuanto de cómo sea el surtidor personal que nos seamos capaces de generar. Por eso, el objetivo de estas páginas es hablar y hacer de educación *comunitaria*. Proponer el estilo de ser humano, la forma de reconocernos realidad, que nos permita afrontar de manera satisfactoria y optimizadora los retos novedosos y radicales que hoy se nos presentan. Saber quiénes somos y cómo somos así, para proponer las alternativas que nos permitan aprender a ser la realidad personal que mejor nos permita vivir.

## 9. El estilo personal del “yo” moderno

Es el estilo de saberse y sentirse persona más dominante en Occidente. Desde Grecia hasta hoy, con convulsiones críticas a lo largo de los siglos XIX y XX, nuestra propia visión se ha sustentado en un arco y dos columnas de cercana simbología. El arco define al ser humano como un ser de *razón*: una substancia, que no necesita de ninguna otra cosa para existir, concebida como una *racionalidad*, capaz de conocer la esencia de las cosas y concebir la realidad. Es claro que esta *visión* del humano, visto desde una *parte* totalizada y psicologista de la compleja realidad personal, es un *discurso* emanado de la contraposición a la animalidad.

El arco ha emergido en el razonar sobre lo humano, en la *modernidad*, de dos anunciadas columnas complementarias: a) una racionalidad capaz de conocer la verdad de lo real, gran atributo de la inteligencia que primordialmente a través del lenguaje matemático podía alcanzar la verdad de la realidad natural, de modo que, en los momentos más álgidos de esta visión, lo no matematizable, cognoscible como no verdadero, se consideraba no existente: el positivismo; y b) una racionalidad, que, precisamente por ser capaz de conocer la verdad de lo real era *medida* universal de todo lo existente.

Estos elementos conceptuales han estado en el trasfondo legitimador de la historia de Occidente. Es así en tanto que esa *racionalidad* y las capacidades *veritativas* y *medidoras* no se viven en el entramado de los grupos humanos de forma esencialista, universal e incontaminada. Todo lo contrario. De hecho ocurre que esos caracteres se socioculturalizan y tiñen de otros componentes de la vida de los

grupos humanos. Componentes como la necesidad de convivencia, seguridad, subsistencia, poder, defensa, trabajo. Y es en el contexto de esas ineludibles exigencias donde la *racionalidad*, la *verdad* y la *medida* se convierten en valores de unos frente a otros. Así, ha permanentemente ocurrido que es más *razón*, más *verdad* y más *medida*, aquello que como tal han podido presentar los fuertes sobre los débiles en todos los aspectos y órdenes de la existencia: el del poder político, el del saber, el del conocer, el del convivir. Este planteamiento es el que ha agotado las salidas y los horizontes de la racionalidad del progreso y de la tecnología, que desembocó desencantada en las truculencias y los escepticismos bien acumulados en el siglo XX. Esta cultura del *yo moderno* es denominable desde otro paradigma *cultura patriarcal*. Así, Maturana (1997: 35) dice:

Los aspectos puramente patriarcales de la manera de vivir y de una gran parte de la humanidad moderna, constituyen una red cerrada de conversaciones caracterizadas por las coordinaciones de acciones y emociones que hacen de nuestra vida cotidiana un modo de coexistencia que valora la guerra, la competencia, (en este contexto yo diría *competitividad*), la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder, la procreación, el crecimiento, la apropiación de los recursos y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de la verdad.

Esta visión humana de la *modernidad* no parece *competente* andamiaje conceptual y operativo para responder a los retos y a los problemas de nuestro tiempo, que claman por más justicia, paz, responsabilidad y *sostenibilidad* planetaria. De manera sintética, la *modernidad* se caracteriza por:

- conciencia como substancia: la definición que consagra el valor del individuo aislado, el valor de cada uno como “ser que es en sí” y que necesita del otro, *relación* como accidente, dado que se pone el acento en aquello que como especie nos dota para conocer;
- universalismo unívoco (propuesto ¿por quiénes?): substancias racionales, capaces de conocer la verdad, aceptamos como verdad aquello que conocemos, ya nación, ya grupo, ya conjunto de intereses, ya cada uno;
- “razón centrada en el sujeto” (Habermas: 1987): como nos indica el pensador alemán, y en consonancia con la dicho, la racionalidad competente emana del sujeto, del yo individual;
- concedora de la verdad de lo real: esta racionalidad universal y objetiva se considera como competente para conocer la verdad de lo real;
- canon de medida y dominio de los hechos: esta racionalidad en el *escenario* social pasa a ser un instrumento regulador, medidor y dominador, de todos los múltiples momentos de la convivencia de los individuos y los grupos; racionalidad que Maturana (1997: 43) presenta así:

Estamos en guerra contra la pobreza, luchamos contra el hambre, respetamos la jerarquía del saber, el conocimiento nos da autoridad y poder y los problemas de la humanidad se resuelven con el crecimiento económico y el progreso tecnológico, que nos permite dominar y someter a la naturaleza.